

002078

REPUBLICA DE CHILE



CAMARA DE DIPUTADOS

LEGISLATURA 325^a, EXTRAORDINARIA

Sesión 74^a, en jueves 13 de mayo de 1993.

(Ordinaria, de 10.30 a 14.38 horas)

Presidencia de los señores Viera-Gallo Quesney, don José Antonio, y Melero Abaroa, don Patricio.

Secretario, el señor Loyola Opazo, don Carlos.

Prosecretario, el señor Zúñiga Opazo, don Alfonso.

VERSION OFICIAL

II.- APERTURA DE LA SESION

- *Se abrió la sesión a las 10.30.*

El señor **VIERA-GALLO** (Presidente).- En el nombre de Dios y de la Patria, se abre la sesión.

III.- ACTAS.

El señor **VIERA-GALLO** (Presidente).- El acta de la sesión 71ª se declara aprobada.

IV.- CUENTA

El señor **VIERA-GALLO** (Presidente).- El señor Prosecretario va a dar lectura a la Cuenta.

- *El señor ZUÑIGA (Prosecretario da lectura a los documentos recibidos en la Secretaría.*

El señor **VIERA-GALLO** (Presidente).- Terminada la Cuenta.

V.- HOMENAJES

1.- HOMENAJE A LA VICARIA DE LA SOLIDARIDAD.

El señor **MELERO** (Vicepresidente).- De conformidad con el acuerdo adoptado, corresponder rendir homenaje a la ex Vicaría de la Solidaridad.

Tiene la palabra el Diputado señor Viera-Gallo.

El señor **VIERA-GALLO** (de pie).- Señor Presidente, la Cámara de Diputados interpreta, sin lugar a dudas, un sentimiento nacional, al acoger en su seno a los dignatarios de la Iglesia y a representantes diversos de las instituciones humanitarias del país para rendir homenaje a la Vicaría de la Solidaridad, que ha pues-

to fin a sus actividades, dando paso a una iniciativa nueva, más acorde con el momento que vive el país en la gran batalla contra la pobreza y la injusticia: la Vicaría de la Pastoral Social.

Como lo ha dicho el primer Vicario de la Solidaridad, Monseñor Cristián Precht: "La tarea se traspassa, pero el significado que ha tenido la Vicaría para la Iglesia y para la historia permanece. La Vicaría de la Solidaridad es mucho más que la respuesta coyuntural a las violaciones de los derechos humanos de un régimen. Es la expresión de una Iglesia marcada por la defensa y protección de los más débiles desde los tiempos de su primer Obispo, don Diego de Medellín, hace más de cuatrocientos años."

Desde el punto de vista del imperio de la libertad de cultos, también es importante recordar que la Vicaría de la Solidaridad fue la proyección de una iniciativa ecuménica: el Comité Ecuménico Pro Paz, creado el 6 de octubre de 1973, que reunía el esfuerzo de diversas iglesias del país. En ese momento, Chile estaba sumido en una situación que requería una urgente acción humanitaria, y el Comité Pro Paz entró a realizarla.

No hubo comprensión general para la iniciativa. Los chilenos estaban demasiado divididos y enfrentados. Las circunstancias en que este Comité diera la primera voz de alerta al mundo sobre las violaciones a los derechos humanos crispó a muchos. Esto determinó que el Gobierno recién instalado enviara una carta conminatoria al Cardenal Raúl Silva Henríquez señalando la "conveniencia" de que se adoptaran "las medidas pertinentes" a fin de que este organismo llegara a su término.

Para la Iglesia Católica esto representó un durísimo desafío. Sacando fuerzas de flaquezas, el Cardenal don Raúl Silva Henríquez debió acatar. Con tristeza declaró: "El sacrificio que significa dar término a esta institución sirve para restituir

a la jurisdicción civil las materias que han exigido la presencia y la acción de las Iglesias". Pero, inmediatamente, creó la Vicaría de la Solidaridad bajo el alero de la Iglesia Católica.

El Comité Pro Paz trabajó sin una estructura definida, impelido por las urgencias que estaban claras en un primer momento: resguardar la vida de los perseguidos, procurar la libertad de los detenidos y atender a los desocupados que cada día iban aumentando. Pero las tensiones eran muy fuertes y el término de sus funciones se produjo en noviembre de 1975. La Vicaría de la Solidaridad abrió sus puertas el 1º de enero de 1976, en el edificio contiguo a la Catedral Metropolitana frente a la Plaza de Armas de Santiago.

A partir de ese momento, los pasillos de la Vicaría empezaron a repletarse con centenares de personas en busca de amparo. Fueron infinitos los testimonios de dolor, entrega y de amor a la vida.

En medio de tremendas incomprensiones, el Cardenal Raúl Silva Henríquez impuso sus convicciones. Era indispensable una entidad subsidiaria, de suplencia, en ausencia del Congreso, respecto de los derechos humanos, que cumpliera las funciones de fiscalizar los actos del Gobierno. El mismo describió el contenido de la iniciativa, cuando proclamó que la Vicaría sería "la voz de los que no tienen voz".

Consciente de que asumía una tarea difícilísima, debió comenzar por encontrar a quien tenía que ser el primer Vicario y no dudó en escoger a Monseñor Cristián Precht, a pesar de que el Gobierno de la época se sentiría desafiado por cuanto éste se había jugado ya en el Comité Pro Paz.

Ante el hecho de que Monseñor Precht le representara esa dificultad, el Cardenal Silva Henríquez, con gran coraje, le respondió: "Ese es un problema mío. Yo cuento con su lealtad".

El gesto del Cardenal Silva Henríquez de someterse a la exigencia del Gobierno de disolver el Comité Pro Paz no fue debidamente comprendido por muchos y hubo críticas, pero muy pronto la situación tendría un vuelco radical.

Instalada la Vicaría, se acercaron a colaborar en una actitud de entrega conmovedora, profesionales, religiosos y miembros de organizaciones sociales, católicos y no creyentes. El primer esfuerzo estuvo destinado a estructurar los departamentos que respondían concretamente a las necesidades que se iban atendiendo a medida que se transformaban los requerimientos. De este modo se readecuaron los programas y funciones. Se suprimió el Departamento de Asesoría Laboral para dar paso a la creación de la Vicaría de la Pastoral Obrera, y cuando comenzaron a crearse organizaciones sindicales campesinas autónomas, se creó el Departamento Campesino.

Por encima de todos los cambios, se mantuvo el principio sustentado por el Comité Pro Paz de "procurar dar asistencia jurídica, económica, técnica y espiritual a todos los que la necesitaran".

Las dos líneas de acción de carácter más permanente fueron la labor de atención jurídica y el trabajo de promoción y educación solidaria. Se creó el Departamento Jurídico de asistencia permanente para enfrentar los consejos de guerra que se desarrollaron en los primeros años, las detenciones sin juicio y la atención a los familiares de desaparecidos, que continuaron en los años siguientes. Cada caso era seguido en forma personalizada, sin discriminación, por abogados y asistentes sociales de la Vicaría y siempre tratando de dar un sentido educativo a la acción.

El trabajo de promoción solidaria en las organizaciones sociales se realizó a través de las distintas zonas pastorales de Santiago, mediante la constitución de equipos. Esta labor se coordinó con el trabajo de zonas de la Vicaría, de modo que

se extendió a todo el país. La tarea de educación en derechos humanos siempre estuvo presente y se impulsó desde el Departamento de Educación Solidaria.

La magnitud del trabajo que cumplió la Vicaría difícilmente se puede apreciar con meras estadísticas, pero hay cifras importantes: en 1988, el promedio anual de quienes solicitaron asesoría o apoyo de la Vicaría, fue de 91.973 personas. De éstas, 10.933 pidieron asistencia jurídica.

Ese mismo año, la Vicaría trabajó con 1.600 organizaciones de bases y con unas 60 mil personas.

Entre 1976 y 1988, la Vicaría presentó cerca de 9 mil recursos de amparo para casos individuales y masivos. Los tribunales de justicia acogieron sólo 23.

La Vicaría distribuyó, nacional e internacionalmente, su publicación periódica, la revista "Solidaridad", en número de 20 mil ejemplares por edición.

En el transcurso de los años, al calor de los acontecimientos, la Vicaría fue permeándose con los cambios.

Hubo momentos críticos: la detención de sus abogados Ramiro Olivares y Gustavo Villalobos, a raíz del proceso conocido como las fichas médicas, donde se defendió el secreto profesional.

Hubo momento desgarradores: el hallazgo de los cuerpos en Lonquén, el asesinato de José Manuel Parada.

Pero también hubo momentos de encuentro y alegría: el Simposio Internacional de los Derechos Humanos, de 1978 y la Jornada por la Vida, de 1984.

Cuando llegó la democracia al país, la Vicaría continuó su trabajo adecuándose a los tiempos, se abrieron nuevos espacios en el gobierno y en la sociedad civil para la labor de la institución y de la Iglesia. Pero aunque la justicia y la reparación aún son tareas inacabadas, la verdad se empezó a conocer y los atropellos a los derechos humanos fueron disminuyendo.

Llegó el momento, entonces, en que la Vicaría tenía que readecuarse y respon-

der a las nuevas necesidades. Para ello se crearon otros organismos o se utilizaron algunos ya existentes.

La tarea de la búsqueda del destino final de los detenidos desaparecidos ha sido asumida por la Comisión de Reparación y Reconciliación. La Fundación Fasic se ha hecho cargo de los procesos por denuncias o querellas por graves violaciones a los derechos humanos (alrededor de 100 casos). Otra parte, (300 casos) la ha tomado la Corporación de Asistencia Judicial. Los procesos de defensa de los presos políticos en libertad bajo fianza no incluidos, están en manos de el Codepu.

Los archivos de la Vicaría, que contienen información acerca de 45 mil personas, han sido traspasados a la Fundación de Iglesia, entidad recientemente creada.

La labor de comercialización de los productos elaborados por los talleres solidarios continuará realizándose a través de la Fundación Solidaridad.

El trabajo de promoción y educación en derechos humanos del Departamento de Acción y Educación Solidaria se reunirá y proyectará junto a la labor que ahora realizan Caritas Santiago e Indiso en la Vicaría de Pastoral Social.

En buenas cuentas, la Vicaría de la Solidaridad ya no existe, pero sus grandes tareas no desaparecen.

Podríamos detallar muchos otros aspectos del trabajo de la Vicaría de la Solidaridad porque sus estadísticas son impresionantes, pero no es algo que proceda en esta ocasión.

Nada de ello habría sido posible sin la inspiración, sin el apoyo y la visión de los Cardenales Raúl Silva Henríquez y Juan Francisco Fresno, y del actual Arzobispo de Santiago, Monseñor Carlos Oviedo. A ellos les está reservado un lugar en la historia y en la gratitud del pueblo chileno.

Una reflexión final sobre la institución que hizo posible esta magna obra en defensa de la dignidad humana: la Iglesia Católica.

El Papa Paulo VI, al hablar por primera vez en las Naciones Unidas, la definió como "experta en humanidad", y su antecesor Juan XXIII, como "madre y maestra". La Iglesia ha vivido la historia durante 2.000 años; ha conocido la paz y la guerra. Pero, sobre todo, ha sabido de persecuciones, comenzando por la de su primer mártir: San Esteban.

Por eso, no podía dejar de cumplir su papel cuando Chile se sumió en luchas fratricidas, que a ella misma la afectaron. Escuchó el clamor de un pueblo sufriente que anhelaba la paz.

Hoy, cuando todos reconocemos las graves violaciones que ocurrieron en nuestro país con los derechos humanos, aunque discrepemos sobre las causas de los acontecimientos en cuyo desarrollo ellas tuvieron lugar, podemos mirar con perspectiva la obra de la Iglesia en los tiempos difíciles y decir y afirmar en esta Sala, para que quede registrado en la historia del Congreso Nacional: "Gracias, muchas gracias. Nunca lo olvidaremos".

He dicho.

Aplausos.

El señor MELERO (Vicepresidente).- Tiene la palabra el Diputado señor Leay.

El señor LEAY (de pie).- Señor Presidente, la bancada parlamentaria de la Unión Demócrata Independiente, por mi intermedio, rinde un homenaje a la Vicaría de la Solidaridad con motivo de culminar su labor tras 19 años de ardua actividad.

La historia de la Vicaría de la Solidaridad se comienza a escribir el 6 de octubre de 1973, con la creación del Comité para la Paz. Un decreto arzobispal del Cardenal Silva Henríquez dio origen a esta comisión especial que atendería las graves necesidades económicas y personales de los chilenos. Este Comité fue un organismo de carácter ecuménico en el que

participaron la Iglesia Católica junto a las iglesias evangélicas y otras.

El trabajo realizado en el Comité fue respondiendo a las necesidades del momento. Las urgencias, eso sí, estaban claras: el resguardo a la vida a la libertad y al trabajo.

Después de terminar sus funciones en noviembre de 1975, cada una de las iglesias debió seguir el trabajo por separado. Entonces el Cardenal Silva Henríquez decide crear la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago, la que abrió sus puertas en la enorme casa de Plaza de Armas el 1º de enero de 1976.

Se trataba de una labor particular, de una tarea inédita que combinaba la entrega de profesionales, religiosos y miembros de organizaciones sociales, y de católicos y de no creyentes.

Las dos líneas de acción que tuvieron un carácter permanente fueron la labor de atención jurídica y el trabajo de promoción y educación solidarias.

Una de las características más notables del trabajo desarrollado por la Vicaría es el gran número de personas y organizaciones que ha cubierto. Por sólo mencionar algunas cifras, solamente en 1988 el promedio anual de personas que solicitó asesoría o apoyo a esta Vicaría fue superior a las 92 mil personas.

Ese mismo año la institución trabajó con un promedio de 1.600 organizaciones.

Con el transcurso de los años el país se fue transformando. La Vicaría, al calor de los acontecimientos, fue participando activamente en esta historia y fue permeándose con los cambios. Pero más allá de ellos, siempre se mantuvo la voluntad expresada en un comienzo en el decreto que creó el Comité por la Paz, que decía: "Dicha Comisión procurará dar asistencia jurídica y espiritual a todo quien lo necesitare".

Cuando el país retomó el camino democrático, la Vicaría debió readecuarse a

la realidad y responder a nuevas necesidades.

La tarea se traspasa, pero el significado que ha tenido la Vicaría para la Iglesia y para la historia permanece. Como dice Monseñor Precht, "La Vicaría es mucho más que una respuesta coyuntural. Es la expresión de una Iglesia marcada por la defensa y protección de los más débiles, desde hace más de 400 años".

He dicho.

Aplausos.

El señor **VIERA-GALLO** (Presidente).- Tiene la palabra el Diputado don Andrés Aylwin.

El señor **AYLWIN**, don Andrés (de pie).- Señor Presidente, no deseo pronunciar un discurso sobre la Vicaría de la Solidaridad, sino sólo dar un breve testimonio de orden personal.

En Chile, después del 11 de septiembre de 1973, se desató la furia de los vencedores y nuestra sociedad sintió un dolor muy profundo: hubo torturas, comunicaciones prolongadas, detenciones arbitrarias, personas desaparecidas, asesinatos, fusilamientos revestidos incluso de legalidad. Pero junto con ese dolor hubo otro, tal vez igualmente profundo: el dolor de la soledad. Sola estaba la madre buscando a un hijo desaparecido; sola estaba la esposa, llorando a su hombre muerto; solo estaba el joven recorriendo cárceles, comisarías y cuarteles, buscando a su padre. Pero no sólo ellos estaban solos. También lo estaban los profesionales que procuraban defender a un ser humano agarrado en la vorágine de la barbarie. Personalmente, fui testigo de ambas soledades.

La inmensa soledad de miles de mujeres buscando a sus esposos, hijos o nietos, y la inmensa soledad también de muchos hombres tratando de hacer algo para contener la barbarie. Sin embargo, en una

vieja casa de la calle Santa Mónica, en Santiago, junto a una cruz, se habían reunido representantes de todas las iglesias para defender allí al hombre y su dignidad, y procurar contener en algo la barbarie y la crueldad.

Allí en ese lugar, y después en la plaza de Armas, se encontraron y juntaron todas esas soledades, y si bien no se evitaron las lágrimas, nació allí una hermosa hermandad humana. Sí. Allí en la Vicaría muchas personas sufrientes o desesperadas entendieron mejor que nunca el Mensaje Evangélico: somos hijos de un mismo Dios; y, por lo mismo, somos hermanos.

Y así se hermanaron en el sufrimiento compartido cristianos y marxistas, democristianos, socialistas o comunistas. Allí también, tal vez por primera vez, gente sin religión sintió la presencia de Dios. Y gente muy religiosa vio las llagas de Cristo en las heridas de un hermano.

Pero hay más. En tiempos de barbarie no sólo se destruye la carne. También se trata de matar el espíritu y la dignidad humana. Y los valientes suelen convertirse en cobardes. Y los justos olvidan la justicia. Y los generosos se preocupan, a veces, sólo de los suyos.

Así, las dictaduras procuran destruir ideales, sueños, valores y, más que nada, la esperanza en un mundo mejor y diferente.

Justamente, en esa dramática realidad, encontramos otra dimensión histórica de la Vicaría de la Solidaridad. En la noche gris encendió una luz. Cuando el espíritu fue pisoteado, afirmó la fuerza incontenible de los valores morales, y cuando parecía a veces, que no había razón para creer en nada ni en nadie, fue el gran bastión de la fe en el hombre, de su dignidad y de su superior destino.

Miles de personas cuyos nombres no es posible enumerar; cardenales distinguidos o sacerdotes abnegados; hijas del dolor, con sus rostros cansados pero erigidos; profesionales al servicio del hom-

bre; jóvenes con sus manos unidas y sus rostros dirigidos a lo alto, todo eso fue la Vicaría de la Solidaridad: enjambre humano; Cristo junto al dolor; manos extendidas al sufrimiento; hogar para la paz y la soledad, y con ello una hermosa asociación humana que en los años más tristes y difíciles convirtió las lágrimas en hermandad y la sangre derramada en fe, en paz y en esperanza.

Por eso, en esta mañana, en este homenaje, gracias, muchas gracias, Vicaría de la Solidaridad.

He dicho.

Aplausos.

El señor **VIERA-GALLO** (Presidente).- Tiene la palabra el Diputado señor Velasco.

El señor **VELASCO** (de pie).- Señor Presidente, Honorables señores Diputados, permítaseme intervenir en esta oportunidad sobre algo que hoy no es tema importante del quehacer contingente nacional, pero sí lo fue por más de diecisiete años. Permítaseme hablar de algo que es la historia reciente y esencial de la naturaleza de un Estado supuestamente civilizado, en el que todos los ciudadanos se sienten privilegiados y en el que todos los que le habitan pueden decir que gozan de los mismos privilegios, obligaciones y derechos sin distinciones de sexo, credo, raza o partido político.

Respetados y Honorables Diputados, distinguidas visitas, estoy hablando del respeto esencial que se debe sentir por aquellos que son nuestros iguales ante la ley, ante la vida y, finalmente, ante Dios nuestro Hacedor. Así, estoy hablando de lo que me enorgullezco: siempre haber sido un incondicional defensor de aquello en lo que todos debiéramos estar de acuerdo, como es del derecho a la vida, el respeto a la persona humana, esa que fue creada a imagen y semejanza de Dios, la

dignidad de cada uno de aquellos que somos la familia del Señor, y el respeto a la vida y a la dignidad de todos aquellos que vivimos y hemos nacido en este maravilloso país llamado Chile.

De eso se trata, Honorables colegas: de rendir homenaje a una de las instituciones pilares de nuestra sociedad, una institución que nadie puede ignorar: la Iglesia Católica, Apostólica y Romana de Chile, la misma que nos acompañó en los albores de la República y en cada circunstancia aflictiva.

Por eso, hoy no me es extraño rendir un claro, sincero y justo homenaje a la Vicaría de la Solidaridad, esa instancia lejana, solidaria y única, que fue capaz de dar albergue a las desesperanzas de los desesperados, apoyo a quienes no lo tenían, y que eran víctimas de los atropellos de la barbarie y del desquiciamiento fanático que practicaban y propiciaban los que olvidaron que todos éramos hijos del Señor, que todos éramos chilenos, que todos teníamos familias, historia y futuros.

Así es como lo dijo el gran líder conservador británico, Winston Churchill, al referirse a los embates del nazismo alemán: "Que nunca se olvide lo que los fanáticos y bárbaros le hicieron a la democracia y al pueblo de Dios, nuestro pueblo."

Cuando el 6 de octubre, a menos de un mes del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, la Iglesia decidió formar el Comité Pro Paz, fundado por decisión del Cardenal Arzobispo don Raúl Silva Henríquez, nació entre el dolor y la desesperación la primera señal de esperanza, de luz y de justicia que nuestro pueblo se merecía en tan horrible instancia histórica, y ante la cual miles de compatriotas se vieron sumidos en un torbellino apasionado e irracional, practicado por quienes surgieron como vencedores con la complicidad y la mano ajena.

Señores Diputados, esta luz de la que

hablo era la de nuestra Iglesia, la misma que iluminó a nuestros compatriotas en los momentos de desesperación, la misma luz misericordiosa de una Iglesia que estuvo y está al lado de los que sufren, de los desposeídos y de los que la necesitan, sin importar credo ni conveniencia.

Pero no faltaron los que, con mentalidad pequeña, fanática y desquiciada, desde el comienzo trataron de desacreditar la labor peligrosa, honesta y valiente del Comité Pro Paz, primera instancia de la Vicaría de la Solidaridad. Pero las presiones del autoritarismo reinante llegaron al extremo de determinar su cierre en noviembre de 1975, obligando a todas las iglesias integrantes a continuar con sus labores en pro de la defensa de la vida y de los derechos humanos en forma separada.

Es así como el 1º de enero de 1976 abrió sus puertas la Vicaría de la Solidaridad, y, usando las mismas palabras de una descripción que hicieron sus integrantes, podríamos decir que los pasillos de aquella enorme casa de Plaza de Armas comenzaron a llenarse de testimonios de dolor, entrega y profunda fe por la vida.

Señores Diputados, así se iniciaba la labor inédita de profesionales, religiosos, miembros de organizaciones sociales, católicos y no creyentes, con un solo afán, el más bello que un cristiano y que un ser humano pueden tener: el respeto por la vida y la dignidad de su igual, de su prójimo.

Es así como la Vicaría de la Solidaridad fue capaz de mantener los postulados del Comité Pro Paz, de dar asistencia jurídica, económica, técnica y espiritual a todos los que la necesitaran y, además, luchar en contra del oscurantismo torturador y terrorista del Estado, para imponerse con la autoridad moral que le daba su labor solidaria, cristiana y humanista.

Los trabajos futuros permitieron delimitar dos grandes áreas de trabajo: la pri-

mera, la asistencia a los detenidos y a los familiares de desaparecidos, labor desarrollada fundamentalmente por el Departamento Jurídico; la segunda, la promoción de trabajos solidarios en las organizaciones sociales, la que fue coordinada por el Departamento de Zonas.

Pero no sería justo olvidar el enorme trabajo del Departamento de Educación Solidaria, que se encargó de la educación y promoción de los derechos humanos en plena dictadura.

Así es, señores Diputados. Hace sólo cinco años el número de personas que solicitó asistencia a la Vicaría, fue de 91.903 de las cuales 10.933 lo hicieron por problemas jurídicos.

Ese mismo año esta organización dio asistencia a más de 1.600 organizaciones de base y trabajo a unas 70 mil personas que necesitaron de sus servicios. Estas cifras son impresionantes y elocuentes por sí solas. Pido a mis Honorables colegas que atiendan a lo que diré, pues como cristiano, como demócrata y como ciudadano jamás quisiera que tal noche oscura vuelva a caer sobre nuestra tierra. Durante el período de su existencia, la Vicaría de la Solidaridad presentó 9 mil recursos de amparo para casos individuales y masivos, pero la magnánima respuesta de los tribunales sólo acogió 23 de ellos.

¡Esa es la realidad! Negarla es hacerse cómplice de la arbitrariedad. Dicha realidad también se manifestó en la detención de profesionales de la Vicaría, en el amedrentamiento y la desesperación de los que trabajaron en ella. Pero nada ni nadie logró alejar el espíritu de este maravilloso organismo de vida, de paz, de esperanza, de justicia y de solidaridad que fue la Vicaría.

Por eso, esta mañana deseo rendir, un saludo sincero y esencial de reconocimiento a la Vicaría de la Solidaridad, porque ella simboliza lo más valioso de nuestra existencia como chileno, la voluntad de servicio al desposeído, al débil, al

que sufre el atropello; la vejación, la indiferencia, la calumnia, el engaño, la tortura y la negación a la vida.

Honorables colegas, ustedes son la expresión misma de la voluntad libre y democrática de nuestra nación; ustedes son la única instancia real del concierto de la voluntad de nuestro pueblo. En virtud de ello, les dirijo mis palabras y les pido que junto a todos aquellos que supieron enfrentarse al atropello y a la violación del derecho a la vida, rindamos un homenaje objetivo, pleno, sincero y absoluto a la Vicaría de la Solidaridad en las personas de todos quienes supieron darnos una lección de humanidad y de justicia: Monseñor Cristián Precht, a Monseñor Juan de Castro y a los sacerdotes Ignacio Gutiérrez, Santiago Tapia y Sergio Valech los vicarios de la solidaridad.

Dar las gracias, es poco; pedir perdón, es necesario.

He dicho.

Aplausos.

El señor **VIERA-GALLO** (Presidente).- Tiene la palabra el Diputado señor Jorge Molina.

El señor **MOLINA** (de pie).- Señor Presidente, la bancada del Partido por la Democracia se une a este homenaje a la Vicaría de la Solidaridad que fue espacio de protección de los débiles, fue morada para muchos afligidos, lugar de justicia y de verdad y, a la vez, testimonio imborrable de solidaridad humana llevada, muchas veces, a límites heroicos.

Tuve el privilegio de seguir todos los pasos de la Vicaría. Todo comenzó con el Comité Pro Paz, en octubre de 1973. En ese lugar de Santa Mónica, con el padre Salas, con José Zalaquett, con Edmund Frenz y con tantos otros que llegaron allí, venciendo el temor, en momentos en que en el país se desataba la sombra de una represión terrible que iba cubriendo a

nuestra sociedad, de manera tan rápida que nuestra reacción era de asombro y de terror, porque nunca se había esperado tanta violencia, tanta injusticia, tantos indiscriminados atentados a la dignidad de las personas.

La organización de ese comité ecuménico permitió salvar muchas vidas, ubicar detenidos y, sobre todo, llevar fuera del país a quienes quedarse en su propia tierra les significaba la muerte.

Era evidente que el sistema militar no permitiría la sobrevivencia de una institución de esta especie, y las presiones llegaron con tal fuerza que el Cardenal, recibiendo toda nuestra crítica y nuestra incompreensión, en noviembre de 1975 decidió terminar el Comité por la Paz.

Muchos pensaron que hasta ahí llegaba la labor de la Iglesia, y que, de alguna manera, se había cedido ante el poder de una dictadura que consideraba intolerables esas conductas humanas de solidaridad. Pero, de inmediato, se abre la Vicaría en Plaza de Armas Nº 444, y en enero de 1976, se llenan sus pasillos. La gente tiene donde llegar. Pero sería injusto hablar sólo de la oficina de Plaza de Armas de Santiago. A lo largo de todas las zonas del país también se abren estas moradas donde las personas pueden llegar confiadamente, sin que se les pregunte por su religión, por su partido político y atendiendo por sobre todo, sólo a sus necesidades.

Todos aprendimos allí que hay un modo de ser basado, antes y primero que nada, en el profundo respeto a la dignidad de los demás. Y con esa conducción espiritual, católicos y no católicos, encontraron allí un lugar donde ser útiles, un lugar donde trascender su vida, un espacio donde ejercitar la solidaridad. En ese sentido, la Iglesia cumplió una tarea que no será borrada de la memoria nacional por muchos años; espero que nunca.

Los miembros de la Vicaría sufrieron persecuciones. Veo aquí a sus fundadores; algunos pasaron muchos tiempo en

la cárcel, otros sufrieron grandes traumas al constatar tanto dolor acumulado, y otros cambiaron totalmente su vida mediante este incansable servicio cotidiano.

Recuerdo a Ramiro Olivares, a Gustavo Villalobos y sus detenciones. Pero también recuerdo a José Manuel Parada, amigo de todos, hombre alegre -cuya madre se sienta aquí en nuestra bancada- que trabajó y nos inspiró con su entusiasmo y que apareció degollado, tirado en un camino. A tantos otros profesionales de la Vicaría que tuvieron que entregar su vida o dejar el país y que fueron perseguidos con especial encono. Pero, a todos los alentaba una firme esperanza. La Jornada por la Vida fue un momento notable de afirmación de esa esperanza, con el canto de Violeta Parra en todo el país y a una hora determinada. Allí se demostró que a pesar de los oscuros momentos que se vivían, nuestro pueblo conservaba la esperanza y creía en la vida.

Veo aquí a los Vicarios. Cada vez que llegaba uno nuevo había un desaliento, porque el anterior lo había hecho muy bien. Sospechaban todos que no sería lo mismo si se iba Cristián y llegaba Juan De Castro, y que tampoco lo sería si aparecía Ignacio Gutiérrez, o que Santiago Tapia era muy viejito ya para esas tareas. Y que decir de don Sergio Valech, que aparecía en la cúpula de la Iglesia. Pero todos ellos fueron tomando la camiseta y se transformaron, cada uno a su medida, en un nuevo impulso, en un nuevo estilo, en una manera más firme de inspirar a los trabajadores de la Vicaría para que continuaran dando ejemplo personal de esa recia voluntad de luchar por la dignidad de los otros, siendo ellos los primeros ejemplos. Sin olvidar a Enrique Palet, a Javier Luis Egaña, a Alejandro González, a María Luisa González, a Roberto Garretón. No sigo porque los otros nombres me embargarían de emoción y podría injustamente olvidar alguno.

La Vicaría cumplió un gran trabajo y

nos dejó grandes lecciones. Quiero relatar brevemente algunas. Como abogado, aprendí en la Vicaría a descubrir el profundo sentido de nuestra profesión. Ella cobra luminosidad sólo cuando tiene por sentido último defender a la persona humana a riesgo de cualquier peligro. Y así lo aprendieron los otros profesionales y trabajadores: que no hay labor más digna que velar por la dignidad de los otros.

También aprendimos que el discurso político que divide entre las libertades y derechos en formales y reales, es un profundo error porque para que los derechos puedan ejercitarse, es necesario que se formalicen y se respeten. En consecuencia, debemos luchar porque nuestro estado de derecho y nuestros tribunales, crean que la proclamación de los derechos siempre debe ir seguida de una voluntad real de hacerlos posible.

¡Cuántas veces tocamos las puertas de la Corte Suprema y de los magistrados para que algunos derechos que estaban escritos se cumplieran! ¡Y cuánto luchamos para que derechos que estaban estatuidos no se derogaran! No hay democracia si distinguimos entre derechos formales y reales. Son una misma cosa.

Otra lección es que no basta la lucha testimonial por los derechos humanos. Estos hay que llevarlos a todos los niveles de la vida cotidiana, social y nacional. La verdadera lucha por los derechos humanos no sólo descansa en el testimonio, en la defensa de ellos en los momentos de extremo peligro. Hay que hacerlos penetrar en la raíz de la sociedad, en la conducta de cada una de las personas, con el ejemplo y una adecuada preparación y enseñanza. Hay que convertirlos en una cultura dominante.

Otra lección aprendida duramente es que no existe concepto alguno de seguridad nacional que pueda, a pretexto de proteger al cuerpo social, atropellar la dignidad, los derechos o la vida de los ciudadanos. La seguridad descansa en el

respeto a todos, y no hay seguridad nacional posible si los ciudadanos no se sienten comprometidos con ella, porque sus libertades ocupan un primer plano en el interés del Estado.

Y otra lección, para terminar: los amigos que nos visitan en la Cámara pueden estar seguros de que siempre existirá una Vicaría de la Solidaridad cuando se vuelvan a atropellar -y Dios no lo quiera-, los derechos y libertades de las personas. Porque en definitiva, aunque ellos pasaran, habrá siempre personas dignas que creen en la libertad y en la dignidad humana y que, en los momentos difíciles, se convocarán a sí mismas. Y lo harán en el futuro, si llegara ese momento, gracias al imborrable ejemplo que nos dio la Vicaría.

Termino diciéndoles a estos amigos: Bienaventurados ustedes, porque cumplieron el precepto de la justicia, porque lucharon por ella. ¡Gracias por el hermoso ejemplo que dieron cuando más los necesitamos!

He dicho.

Aplausos.

El señor **VIERA-GALLO** (Presidente).- Tiene la palabra el Diputado señor Guillermo Yunge.

El señor **YUNGE** (de pie).- Señor Presidente, en mi calidad de jefe de la banca de los Diputados demócratacristianos, me sumo a la solicitud de nuestro colega Diputado señor Sergio Velasco para rendir un homenaje a la Vicaría de la Solidaridad. Y más allá de mi condición de parlamentario, porque tuve el honor, la satisfacción y el legítimo orgullo de haber colaborado profesionalmente con la Vicaría -así como también los Diputados señores Andrés Aylwin, Jorge Molina, Sergio Jara y otros-, y, desde ese punto de vista, el privilegio de ser protagonista de un trabajo sacrificado, riesgoso y, en algunos

momentos, maravilloso, por el impacto del resultado en el plano de la defensa, del derecho a la vida, de la integridad física, de la libertad humana, que fue extraordinariamente significativo. Mirado en la historia, el papel de esta institución creada como la expresión consecuente de los valores más profundos y elementales de la Iglesia Católica chilena, es un punto en el cual se engrandecen su acción y testimonio.

Esa experiencia y testimonio forjaron un valor que se proyectó en nuestra historia, en el encuentro y el conocimiento en el fragor del trabajo la defensa de las libertades y de los derechos humanos, entre personas de distinto signo y condición que, a su vez, entablaron una amistad cívica y humana que, sin duda, cimentó el camino que permitió la apertura hacia la democracia y la libertad en nuestro país. Creo que, desde ese punto de vista, debemos expresar nuestro reconocimiento al Cardenal Raúl Silva Henríquez, a los arzobispos Juan Francisco Fresno y Carlos Oviedo, que se comprometieron y apoyaron el trabajo y la existencia misma de la Vicaría. Aquí han sido nombrados los vicarios, los secretarios ejecutivos y algunos abogados, trabajadores y funcionarios, los cuales merecen todo nuestro homenaje y reconocimiento por su acción verdaderamente admirable, pero también debemos dar las gracias a aquellos que hemos sido socorridos, en más de una oportunidad, por la acción de la Vicaría, por habernos sentido parte de un grupo humano en el que se ha expresado un testimonio impresionante en materia de la defensa y reivindicación de los derechos fundamentales. Tenemos que dar las gracias por haber podido reencontrar la fe y a Cristo en nuestros hermanos, que en esos años de sufrimiento y persecución, eran, en la vida real, un testimonio de lo que también padeció Jesucristo.

Mi modesta colaboración en la Vicaría es una etapa de mi vida a la que le otorgo

la más profunda significación. Y creo que si hoy estamos en las instituciones del Estado democrático es gracias a que hemos podido templar el espíritu y preparar nuestra condición en función de experiencias como las que han motivado nuestro homenaje a la Vicaría de la Solidaridad.

Doy mi profundo agradecimiento a nuestros visitantes, quienes formaron parte de esa maravillosa y admirable misión tan consecuente con los principios cristianos, que se proyectará por siempre en la historia del país, y que habrá de servir de inspiración y desafío a esta democracia que construimos día a día para avanzar en una plena vigencia y respeto por los derechos fundamentales de todas las personas.

He dicho.

Aplausos.

El señor **VIERA-GALLO** (Presidente).- Tiene la palabra el Diputado señor Naranjo.

El señor **NARANJO** (de pie).- Señor Presidente, Honorable Cámara, quiero iniciar este homenaje con la máxima de que: "La ética cristiana está por encima de las leyes".

Los Diputados del Partido Socialista se suman a este merecido homenaje que se rinde a una institución de la Iglesia de Santiago que se caracterizó por defender y promover los derechos del hombre.

Hablar de la Vicaría de la Solidaridad es hablar de la historia al servicio de los perseguidos, de los marginados, de los desamparados; es hablar de la historia de los que tenían hambre y sed de libertad y justicia. Hablar de la Vicaría de la Solidaridad es hablar de una historia de amor, del amor fraterno hacia los más necesitados, los más pobres, los más humildes. Fue justamente ese amor que entregó la Vicaría de la Solidaridad, el que nos per-

mitió unirnos por sobre el temor; fue justamente ese amor el que nos permitió crear por sobre el odio que destruye y paraliza.

La Vicaría de la Solidaridad no nació por casualidad; fue el producto de un momento histórico que nos tocó vivir. Cuando a raíz del golpe militar en nuestro país se suspendían las garantías individuales y democráticas y se generaba una situación de angustia, cuando en muchas familias chilenas se veían vulnerados sus derechos, el Cardenal Raúl Silva Henríquez estimó conveniente crear la Vicaría de la Solidaridad como continuadora del Comité por la Paz, porque era necesario salir en defensa de la dignidad de todos los hombres y promover la solidaridad entre ellos.

Nadie puede desconocer que las motivaciones de la Vicaría de la Solidaridad fueron evangélicas y de compromisos con los que sufrían. Pero más allá de eso, en nuestras vidas, frente a las injusticias y atropellos, siempre vamos a tener dos caminos: el silencio cómplice o la denuncia. La Vicaría de la Solidaridad prefirió esto último, a sabiendas de que esto le iba a acarrear muchos problemas a ella y a su personal. Pero cuando se asume el compromiso con la verdad y la defensa de la dignidad del hombre, si se quiere ser fiel al mensaje de Jesús, hay que asumir que eso va a tener costos. Y la Vicaría de la Solidaridad estuvo dispuesta a pagarlos, por una razón muy sencilla: porque en su acción estaba en juego la credibilidad de la Iglesia; porque cuando ella defendió la dignidad del hombre estaba cumpliendo con un servicio fundamental para la sociedad, y estaba diciéndole a los creyentes y no creyentes que las palabras de Cristo no sólo son hermosas sino verdaderas y, por consiguiente, vale la pena jugarse la vida por ellas.

Eso fue lo que algunos nunca entendieron y transformaron la Vicaría en el centro de sus críticas: porque decir la ver-

dad una y otra vez, y más aún, en gobiernos dictatoriales, provoca profundo malestar; porque cuando nadie hablaba de la tortura, de los detenidos desaparecidos y otros atropellos que ocurrían en nuestro país, ella fue la primera en denunciarlos, en una época muy fuerte para un gobierno que sólo aceptaba su verdad.

La historia y el tiempo se han encargado de confirmar que la verdad no era la oficial de la dictadura, sino que la auténtica verdad era la que la Vicaría de la Solidaridad señalaba y que ha quedado escrita en el Informe Rettig.

Por eso, cuando ha transcurrido el tiempo, cuando con dolor tenemos que aceptar que la Vicaría de la Solidaridad ha cerrado sus puertas, no podemos menos que señalar nuestro reconocimiento y admiración. Nuestras palabras siempre serán pocas y mezquinas para referirnos al gran papel que jugó la Vicaría en nuestra historia reciente.

¡Cómo olvidar que cuando en nuestra patria la cultura de la muerte penetraba por todos los ámbitos del quehacer nacional fue justamente la Vicaría la que con su ejemplo y testimonio nos señaló los caminos de la paz! Y más que eso, ¡cómo olvidar que nos invitó a ser constructores y arquitectos de un nuevo destino para nuestra patria! Y esa invitación no era otra que iniciar la construcción de una cultura de la vida, y para iniciar ese camino nos pedía un gran gesto: hacer un esfuerzo por conocernos, porque así descubriríamos algo sorprendente, que lo que nos unía era mucho más fuerte que lo que nos separaba.

Por eso hoy, cuando vivimos en democracia y en paz, no podemos dejar de resaltar el papel que jugó la Vicaría con su ejemplo y testimonio, sembrando nuestra patria de amor y esperanza.

¡Gracias, Cardenal Raúl Silva Henríquez, porque cuando era más cómodo callar, usted no tuvo miedo de decir la verdad; gracias, Monseñor Cristián

Precht, porque con su ejemplo y consecuencia, que han tenido un alto costo para usted, se ha ganado el cariño de nuestro pueblo para siempre; gracias, Cardenal Juan Francisco Fresno; Arzobispo Carlos Oviedo y Monseñor Valech, porque a pesar de todas las presiones mantuvieron viva la Vicaría de la Solidaridad; gracias a todos los vicarios y al personal de la Vicaría de la Solidaridad, porque cuando la noche se veía más oscura, ustedes, con su ejemplo y su voz, nos llenaron de esperanza!

He dicho.

Aplausos.

El señor **VIERA-GALLO** (Presidente).- Tiene la palabra el Diputado señor Martín Manterola.

El señor **MANTEROLA**.- Señor Presidente, el Comité Radical Social Demócrata quiere sumarse a este homenaje que hoy se rinde a la Vicaría de la Solidaridad.

En tiempos muy difíciles, en tiempos en que el terror campeaba por nuestras tierras, la Vicaría de la Solidaridad fue la luz de esperanza para miles de chilenos perseguidos. Se transformó en el baluarte de la defensa de los derechos humanos más fundamentales. Fue el símbolo del compromiso de la Iglesia Católica con el hombre.

Hoy, los tiempos son distintos.

Hoy vivimos con mucho mayor respeto hacia los derechos básicos humanos.

Hoy en nuestro país hay un régimen libertario y democrático y eso ha determinado que la ex Vicaría de la Solidaridad no sea necesaria.

Sin embargo, jamás podremos olvidar todo lo que allí se hizo. Jamás podremos olvidar a los vicarios que la representaron o a los trabajadores que con su esfuerzo hicieron todo por ayudar a los chilenos que entonces sufrían tantas dificultades.

No nos sentimos nostálgicos porque la ex Vicaría de la Solidaridad no está. Creemos que, precisamente, su no existencia es el reconocimiento de que hay un Chile distinto, de que hay un Chile nuevo. Y esperamos que nunca, nunca más tenga que existir una Vicaría de la Solidaridad. Bien sabemos, por cierto, que de haber circunstancias como aquellas noches negras, nuevamente estarían allí los vicarios y los trabajadores que estuvieron luchando por tantos y tantos de nuestros compatriotas. Por eso no podemos sino alegrarnos de que hoy no sea necesario la existencia de una Vicaría de la Solidaridad.

Nuestro agradecimiento profundo, nuestro reconocimiento al trabajo realizado. Realmente, gracias por tantos y tantos chilenos que tuvieron en ella sus puertas abiertas ante tanto desastre, tanta maldad y tanta persecución.

He dicho.

Aplausos.

El señor **VIERA-GALLO** (Presidente).- Tiene la palabra la Diputada señora Matthei.

La señora **MATTHEI** (de pie).- Señor Presidente, quiero partir diciendo que la Comisión de Hacienda de la cual soy miembro, ha estado muy recargada de trabajo en los últimos días y por eso no supe que hoy se rendía un homenaje a la Vicaría de la Solidaridad. Por lo tanto, sólo diré unas pocas palabras sobre mis sentimientos.

Permítaseme referirme específicamente al señor Arzobispo de Santiago, don Francisco Fresno. Cuando asumí como Obispo de Santiago, me impresionó como hombre bueno, como verdadero pastor, y observé, con dolor, cómo al poco tiempo comenzó a ser criticado prácticamente por todos. Unos, por supuesta debilidad, otros por supuesta falta de credibilidad, y

otros, por supuesta falta de principios. Sin embargo, el señor Obispo, con alegría y con sencillez, nos dio un ejemplo de fortaleza y sacó adelante su labor, que hoy es reconocida por todos.

Creo que aún ha pasado muy poco tiempo para aquilatar la labor de la Vicaría. Algunos aún la ven como enemigos; otros aún tratan de usarla en arengas políticas. Por eso, me han impresionado las palabras de los Diputados señores Molina y Yunge, que fueron, más bien, de testimonio de lo que deben ser los valores cristianos.

Quizás deberán pasar cinco, diez o veinte años más. Estoy segura de que, en algún momento, los chilenos sabremos mirar hacia atrás y reconocer cada uno de nuestros errores, pequeñeces y omisiones, porque todos los tenemos. Y entonces cuando se mire con serenidad hacia atrás, o haya pasado más tiempo, sabremos aquilatar en mejor forma y agradecer a quienes se jugaron por la dignidad del hombre, que finalmente son los principios que debieran guiar a todos.

He dicho.

Aplausos.

El señor **VIERA-GALLO** (Presidente).- Así la Cámara ha rendido homenaje a la labor de la Vicaría de la Solidaridad. Especialmente, saludamos la presencia, en tribunas, del Cardenal don Juan Francisco Fresno, Arzobispo emérito de Santiago; de Monseñor don Carlos Oviedo, Arzobispo de Santiago; de Monseñor Javier Prado Aránguiz, Obispo Auxiliar de Valparaíso; de Monseñor Sergio Valech; de Monseñor Juan de Castro; y de Monseñor Cristián Prech, que fueron vicarios de la Solidaridad, de todas las personas que trabajaron en ella.

Aplausos.